

ERMANO

Nicolás Lange Ilustraciones Joanna Mora

PRÓLOGO

Este año, Copec celebra 90 años de historia, casi un siglo acompañando a las personas y al país con innovación, servicio y compromiso, aportando al bienestar de las comunidades, promoviendo la educación, la cultura y la sostenibilidad.

Esa misma vocación inspira desde 2011 al programa Viva Leer Copec. La implementación de bibliotecas escolares y espacios lectores, la formación de mediadores, una colección de libros a bajo costo y cuentos digitales gratuitos e inclusivos, han contribuido a acercar la lectura y la cultura a niñas, niños, jóvenes y familias en todo Chile.

Para conmemorar este aniversario, Copec impulsó junto a la Academia Chilena de la Lengua la primera edición del Concurso Literario Viva Leer Copec. Los más de 7 mil cuentos recibidos desde todas las regiones del país confirman el interés de las personas por crear, contar y compartir sus historias. Asimismo, reafirman que la lectura y la escritura siguen siendo espacios esenciales de humanización.

El cuento que aquí se publica, “Ermano”, de Nicolás Lange, obtuvo el primer lugar en la categoría adulto. Es una historia donde cada palabra nos enfrenta con el dolor, la muerte y la desesperanza.

Agradecemos a todas y todos quienes participaron compartiendo sus relatos y celebramos el entusiasmo que dio vida a esta primera edición del concurso.

Gracias por ser parte de esta celebración.

Gracias por venir a Copec.

Concurso Literario Viva Leer Copec 2025, en colaboración con Academia Chilena de la Lengua.

©del texto: Nicolás Lange, 2025

©de las ilustraciones: Joanna Mora, 2025
www.fel.cl

ISBN: 978-956-6150-22-0

Edición: Constanza Ried y Verónica Vives. Fundación Entrelíneas

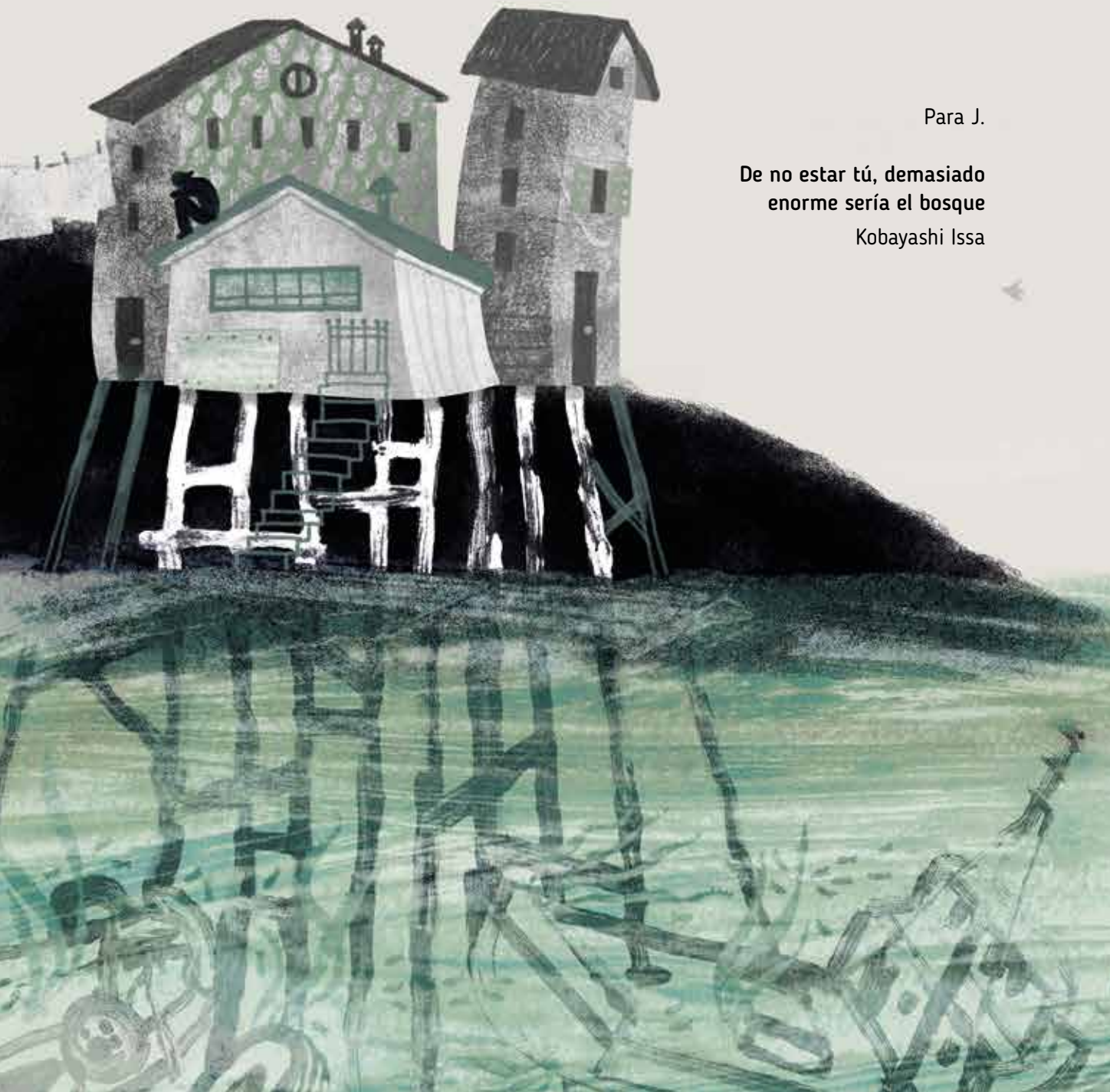
Diseño: Joanna Mora

Corrección de textos: Edison Pérez

El programa Viva Leer Copec, desarrollado por Copec, junto a Fundación Entrelíneas y Fundación La Fuente, está acogido a la Ley de Donaciones Culturales y cuenta con el patrocinio del Ministerio de las Culturas, las Artes y el Patrimonio.

www.vivaleercopec.cl

www.academiachilenadelalengua.cl



Para J.

**De no estar tú, demasiado
enorme sería el bosque**

Kobayashi Issa

Perdón. Como gesto mínimo de las personas que nacimos en una isla. Como chilote, pido perdón. Perdón como si ahora me sacara los zapatos. Como si entrara en tu casa lector, lectora, pidiendo permiso. Me saco mis zapatos antes de entrar. Para no ensuciar con barro esta página en blanco. Para decirte que esto, acá, son solo frases que, si no declaro, terminaré lanzándome en un camión de cemento para convertirme en parte de la Carretera Austral.

Escribo desde la Isla de Chiloé, donde nací, donde moriré en unos años más –especulo–, si el examen que me hice en Santiago en marzo de este año no se equivoca; si por alguna razón la mancha en mi estómago es solo un algodón que me tragué en la noche, sonámbulo frente al espejo del baño. Hoy escribo esto cuando quisiera escribir una elegía buena para que la vea mi familia y mis primas recuerden las frases en Año Nuevo. Escribo de a poco, cortando esta frase para no llegar al borde de la línea.

De niño deseaba el mal, y el mal me deseaba de vuelta. Como un espejo de auto que te advierte que los objetos

están más cerca de lo que parecen, pero yo ya tenía la cabeza atravesada en el parabrisas. El mal me deseaba de vuelta como una pintura. Pero el arte clásico no llega al sur de Chile. Así que mi postal de sufrimiento era una Virgen con un fondo de caballos encerrados en un calendario, con los días tachados para saber cuánto más teníamos que ahorrar con mi madre para tener almuerzo y cena a fin de mes. Comencé a mentir cuando la gente alrededor mío comenzó a morir. Un tumor del porte de un limón se expandía en el cerebro de mi primo de siete años, el favorito de la familia. Cuando murió, yo dije: *–tranquila, familia, tranquila, tía (su madre), yo ayer soñé que lo veía, a Daniel – Daniel, se llamaba Daniel, no cambiaré su nombre en la literatura–. Yo estaba en un río, al otro lado estaba Daniel, y yo le entregaba una ramita de eucaliptus, y él me sonreía.* Lo anterior era mentira, pero hacía feliz a mi familia. Esa ecuación de palabras ordenadas: *río, primo, ayer, rama, feliz*, cambiaba una realidad de mi tía que solo quería lanzarse en su *Kia Morning* al canal de

Chacao. Yo había cambiado una realidad. Y ahora era el lenguaje mismo el que me perseguía. Hay gente a la que la persigue la muerte, la justicia. A mí me persiguen consonantes, vocales, los espacios. Se me aparecen en la noche y me dicen mentiroso, me dicen impostor, me dicen que me aprovecho, que no soy bueno, que ya no soy niño, que no soy aterrador, que me aterro, que estoy invertido. La razón por la que digo todo esto es que, al ver morir a alguien, uno pierde el miedo. Uno piensa, “Muerte, iré mañana a tu casa, y te sacaré los ojos, te quebraré los huesos”. Por eso ahora comienzo a escribir toda mi rabia, y toda mi vergüenza, para abrir un agujero en el centro de la tierra, y llamarlo isla. Perdón por toda esta introducción. Es difícil hablar de esto. Ahora comienzo.

Me gustaría decir: *acá adjunto la foto*, y poner acá el archivo porque no sé describirla. Estamos los dos sobre un caballo, yo tengo trece años. No. Tú tienes trece años y yo dos. Porque soy pequeño. Más que pequeño, pequeñísimo. Me tienes en tus brazos, enrollado. El caballo no galopa. El caballo se mue-

ve. Es un caballo de juguete. Es nuestra única foto juntos después del incendio de nuestra casa. Es un carrusel. Estamos en una feria de juegos en una ciudad con mar. Y eso entre tus brazos soy yo. No, no soy yo. Es una manta. No, una polera. Una polera celeste de los Caballeros del Zodiaco. *Con lo flaco que estoy ahora, ¿me quedaría tu polera de trece años?* Esa fue tu última frase, Ermano.

Ok, diré esto directamente para evitar enredos. Mi madre vivió una vida de dolor, y antes de morir dijo: *la vida es dolorosa, si no encuentras dolor, encontrarás dolor después, dolor y después, dolor*. También lo dijo mi abuela. Y tú, Ermano, también lo escribiste antes de tomar cloro con Red Bull en una fiesta de Año Nuevo en Castro, Chiloé, a propósito. ¿Lo hiciste a propósito o querías conquistar a alguien con un chiste, y luego reírte al día siguiente? De todas maneras perdón por no decirte que eres divertido lo suficiente, perdón por no decirte *te amo* lo suficiente, aunque suene banal. Perdón, perdón, perdón por decir tantas veces perdón, porque

es la palabra que más encontrarás en este relato que nunca podrás leer, porque cada vocal que escribo es una vocal más lejos de ti.

Este es un intento de armar esta historia. La historia de la isla es la historia mía, porque no conozco la isla, porque me desconozco. Cuando me imagino mi vida, me imagino las líneas amarillas de la Carretera Austral. Los espacios de asfalto son espacios de vida; los amarillos son espacios de dolor. Los vemos pasar velozmente. Los vemos divididos en la dosis justa, cuando uno transita a la velocidad apropiada sobre ellos. Tragando asfalto y amarillo por segundos. Amarillo. Asfalto. Dolor y vida. Solo, a veces, por momentos, la línea amarilla se extiende sin cortes, y uno se desespera un poco. Es como no saber llegar al final de la página, Ermano.

Te digo Ermano porque en tu último mensaje, que me llegó a las 5:13 de la mañana, no pusiste la H. Lo que quiere decir que lo escribiste justo antes de que el cloro entrara en tu cerebro. Tu cerebro que perdía sinapsis y confundía la R con la J, y la H con la O, y reem-

plazaba la H por nada. La H es nada, Ermano, ambos lo sabemos, es inútil. Es inútil como esto de escribirle a un receptor muerto. ¿Estoy escribiendo una gran H, Ermano?

El día de tu funeral llovió mucho y tu ataúd fue arrastrado en un alud desde el cementerio de Ancud a una ferretería. Te desenterraron entre tuercas, alicates y pósters de mujeres desnudas que guardaban los mecánicos. Te hubieras reído y se te hubiera entristecido el lado izquierdo de la cara, porque así te reías. Nuestra abuela se sigue persiguiendo afuera de la ferretería como si estuvieras ahí, como si una ferretería fuera una iglesia y la mujer en tetas la Virgen a la que le rezamos cada mañana para cambiar el metal en oro, el petróleo en vino, el aceite en agua, un Suzuki en un Ferrari, una vida de dolor a una de dolor discreto. Pasaron dos años. Ahora que cambié de acento, mandíbula, costillas, recién puedo hablar de mis muertos, porque mi boca tiene otros dientes. Podríamos decir que es otra boca la que ahora habla. –No hablo, escribo– porque esta R ahora es

, aunque en el papel se lea igual, ahora en mi boca es diferente. Ya no tengo los dientes de nuestra familia. Transformo mi identidad para dejar de ser hermano tuyo, porque no puedo sobrevivir siendo hermano de un Ermano muerto. No puedo y necesito devenir otra cosa. Ser otro hijo, ser monstruoso, ser rubio por tres meses. Por ahora soy rubio por tres meses, y no me reconozco en las fotos. A veces pienso que en unos años más, cuando nos extingamos, y todo este

archipiélago se seque y en donde existía Chiloé haya un desierto llamado L27M-FIRL, una joven arqueóloga encontrará mis dientes, y no entenderá de dónde vengo. No me pondrán en el mismo árbol de mi familia, árbol del dolor, que crece únicamente en zonas de precipitaciones, lugares donde la gente se precipita a la muerte.

De ahora en adelante no hablaré sino para decir nombres de personas, no cosas. Nadie distinguirá mi acento, mi



país de origen, mi latitud, mis amigos. ¿No sería lindo que la vida fuera solo en la noche con un amigo en el bar del pueblo?

Pero no es así. Cuando mi Ermano dejó de tragar, yo perdí la sensibilidad de los dedos. Estábamos conectados. Cuando mi Ermano perdió la voz, yo perdí mi acento. Cuando mi Ermano perdió una consonante, yo comencé a escribir. Para encontrar esa letra. Escribo para encontrar esa H, ese espacio sin sonido donde te pueda abrazar y decirte lo que desayuné ayer, y cómo colgué la ropa sobre la cama, y que mis letras siguen oliendo a humedad porque aún me seco las manos en la ropa, o cómo no sé diferenciar la V de la B, y digo *Baca* al ver una *Vaca*, y *BolBer* al decir *Volver*. Vuelve Ermano, vira a la izquierda, ven, te extraño. Cada vez que nombro una de las tres vocales y cinco consonantes de tu nombre, algo en mí vive, algo pequeño vive y no me deja morir de una vez por todas. Siempre se dice “algo en mí murió”, pero en este caso es lo contrario. Algo vive y no me deja morir tranquilo.

Me encontré a tu ex en tu funeral. Ahora tiene 35 años. Se ve bien. Conoció a otro hombre. El hombre no es de la isla. Le dije que tenía miedo. No sé por qué le dije eso. Te necesito, le dije, tengo miedo. Me dijo que cada vez que tuviera mucho miedo imaginara que tengo que cuidar a un niño al lado mío. Y si yo me asusto, él se asusta. Y si yo lloro, él llora conmigo. Y si yo grito, él se desespera. Y si yo me desespero, nos perdemos. Así que no puedo enloquecer, porque siempre hay alguien que llorará por lo que lloro. Tu ex me veía los dientes. Sabía que me los cambié, sabía que eran de mentira. Es como tener un molusco en la cara. Caminar con un molusco en la cara. No sé por qué digo molusco si soy de la isla, los chilotes decimos mariscos. ¿Ves cómo cambio de lenguaje solo para alejarme de tu muerte? Devuélveme la forma en que hablaba antes, por favor.

Ahora quiero hacer un pequeño apéndice, Ermano. Un pequeño apéndice en esto que escribo. Porque recuerdo tanto, que debo decirlo. Recuerdo cuando nos sacábamos los dientes de leche en la

puerta de nuestra casa, en Ancud, y cuando a veces se los comía el perro; y hervir el agua en la tetera a las cuatro de la mañana, y decirte que tienes cara de *fiura*, y recuerdo cómo lavabas las manzanas, y recuerdo cómo llamabas a los pájaros al salir a caminar al bosque, y cómo llamabas a los perros. Y ahora que recuerdo, a todas las cosas las llamabas como llamabas a los pájaros; las llamabas sin palabras, las cosas venían a ti sin decir “*ven*”. Recuerdo que las cosas te amaban, recuerdo que yo te amaba, recuerdo cómo me decías que estaríamos a los cincuenta años, recuerdo el chiste que repetías del borracho del bar que se cayó sobre un gato, recuerdo cuando dejabas de respirar en la noche cuando eras pequeño y yo ponía mi dedo en tu nariz para saber que no morías, y no morías, y no morías, y no morías. Recuerdo el día que te odié porque te rayé un disco de Serrat. Recuerdo cuando te dije que te odiaba y me llamaste como llamas a los pájaros y no te pude odiar, recuerdo que me dijiste que te ibas a ir de la isla esa noche, recuerdo cómo contabas las mone-

das antes de pagar, recuerdo que siempre fuiste un hombre limpio y moriste con cloro, y ese es otro chiste del que te hubieras reído. Recuerdo que nos daba susto la isla, recuerdo que vivíamos en la isla, recuerdo que tú me dijiste que volveríamos a la isla luego de decir que nos iríamos para siempre. Recuerdo que mi padre te quería más, recuerdo que mi madre te amaba, recuerdo que ella decía que nadaría el canal de Chacao por ti, recuerdo que ella no sabía nadar. Recuerdo cómo pintabas a la familia y a mí me hacías más alto de lo que era, recuerdo que me hacías más alto que todos, recuerdo que yo medía como los árboles, recuerdo que a veces llegaban mis hombros a la altura del sol, recuerdo tener pájaros dibujados en la cara, recuerdo ser azul, recuerdo ser delgado, recuerdo ser de grafito y verte y pensar que nunca podría vivir sin ti. Y tenía razón porque esto de ahora no se llama vivir, se llama usar espacio sin hacer ruido, como una H. Soy una H. Recuerdo haber sido un nombre, recuerdo haber sido tu hermano y haber deseado dejar de serlo cuando te acostaste con mi



novia. Recuerdo que odiabas la palabra novia, recuerdo que me contaste, recuerdo que lloraste, recuerdo que te deseé la muerte y recuerdo que te dije: “es un chiste, es un chiste”. Recuerdo cómo pronunciabas la palabra saco, la palabra bosque, la palabra toalla. Ok. Demasiado recuerdo. Saco el apéndice anterior. Por eso se llaman apéndices, porque se pueden extirpar. Si se puede sacar un apéndice en la literatura, un prólogo, un epílogo, ¿se puede sacar un capítulo de mi vida, Ermano?

No lo puedo sacar, pero lo puedo saltar: pasan muchos años, Ermano. Veinte. Veinte años. Es 2050, Ermano. Vuelvo a ponerme tu polera de los Caballeros del Zodiaco y me entra perfecto. Vuelvo a tener trece. Vuelvo a tener trece años, porque peso lo que pesa un niño de trece años, me dice la enfermera, mientras remoja paños en

agua fría y los pone sobre mi frente. Mientras escribo esto, las células cancerígenas se multiplican, doscientas veces más rápido que lo que escribo. Pero eso no le incumbe al lector, ¿no, Ermano? ¿Te diste cuenta cómo hago oraciones divertidas solo para distraerte de que el baño está todo vomitado?

Antes de morir haré un mito de ti, Ermano, te haré hermoso y aterrador. Dirán que volabas por los techos de madera los últimos días de octubre; algunos dirán que no eras nada, dirán que eras mentira, dirán que eras mentira y creerán igual en ti. Dirán que no volabas, dirán que volabas; dirán que tenías los pies con garras con las que tomabas hombres blancos y los soltabas en los peñascos, cientos de hombres de las ciudades despedazados en el mar. Dirán que eras joven, que eras un niño. Y, lo más importante, dirán

que aún existes, que aún te apareces, por el miedo, por el miedo, por el gran miedo que es el inicio de cualquier gran historia.

Ermano, perdón por enredarme y hacer de esto un archipiélago cuando, al final, solo con una frase puedo resumir todo: que nuestra distancia sea una H. Que nuestra distancia sea nada.

Dos meses después yo muero. No dejo la isla nunca. No dejo nunca la casa de la infancia. No viajo. No recibo el tratamiento. No muero tranquilo. No quiero ser un mártir. No quiero que me dibujen y me pidan cosas ya muerto. No quiero que hagan una animita mía al lado de la tuya, Ermano. Aprendí a escribir en esta isla. Olvidaré cómo escribir en esta misma isla.

Ahora, Ermano, todos los espacios entre las palabras se llenan de agua. Toda la distancia entre tú y yo se inunda. Y

es difícil leer todo de izquierda a derecha. Porque las palabras se comienzan a mover. Y forman islas, islotes, trozos de tierra que chocan, archipiélagos completos colisionando. Y se me olvida cómo decir frases simples como “te amo”, o, “quiero irme de esta isla para siempre, te juro que quiero irme antes de morir”. Se me olvida decir la palabra “ahora”, y como nadie me lo recuerda, se me olvida el presente. Todo lo dicho estará en futuro, Ermano. Ya nunca más diré Ermano; de hecho, la palabra Ermano girará en su eje como un pedazo de plumavit gira sobre al agua, significando lo mismo, siempre, y siempre, y siempre, Ermano.

COPEC  **90**
AÑOS



ORGANIZAN:

